



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Victor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA

Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 4 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.

Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 5.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Las tres caras, por Juan Perez.—¿Sirvo? por Juan de Austria.—En el 2.º aniversario de Gonzalo Castañón (poesía), por Saturnino Martínez.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Manuel Hiraldez de Acosta.—Mr. Cox (poesía), por Juan de las Viñas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.

CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



umplidos van dos años desde que, á manos de traidores enemigos, vimos desaparecer de entre nosotros el ardiente adalid de la causa española, al inolvidable mártir GONZALO CASTANON: dos años se han cumplido ya y no hemos visto aún amortiguarse en lo más mínimo el recuerdo del héroe.

Aún se conserva tan vivo como el primer día el intenso dolor que su pérdida nos produjo: aún se derraman lágrimas, y lágrimas muy ardientes, en el lugar donde reposan sus cenizas.

Por eso al llegar la funesta fecha del 31 DE ENERO, representantes de todas las clases del pueblo han acudido al Cementerio á oír con recogimiento la misa que en sufragio del alma de aquel honrado varón dispuso *La Voz de Cuba*, y á depositar coronas y flores en la lápida que cubre los despojos mortales que nos son tan queridos.

Trascorrirán años y más años; desapareceremos nosotros y tras de nosotros vendrá una nueva generación, pero la memoria del mártir de Cayo-Hueso se transmitirá de padres á hijos, porque los pueblos honrados no olvidan nunca los grandes sacrificios, y en los corazones leales se gravan de un modo indeleble los rasgos de abnegación y de heroísmo.

JUAN PALOMO, que ha querido conmemorar el terrible aniversario del último día de Enero, suspende aquí todas las reflexiones que se agolpan á su imaginación para dejar que salgan dulces y doloridos acentos de la armoniosa lira de un poeta, muy querido del público.

El inspirado vate D. Saturnino Martínez nos ha favorecido con la preciosa composición poética, que en otro lugar insertamos, y nadie mejor que él sabe expresar la pena del pueblo leal que tiene en la memoria de GONZALO CASTANON su símbolo de unión, fraternidad y ardiente patriotismo.

De ningún modo ha podido conmemorarse me-

por el aniversario de aquel funesto día, en que perdimos al amigo inolvidable, al hermano cariñoso, que con la determinación noble y generosa del Casino Español de Matanzas, aceptada unánimemente por todos los miembros de la Directiva, según tenemos entendido, de pedir gracia para los jóvenes que purgan en el presidio un momento de alucinación.

Las almas grandes son las que saben perdonar; el vil rencor y el ensañamiento queda reservado para los espíritus mezquinos, para séres abyectos y degradados como nuestros enemigos.

En la hidalga nación española no caben más que rasgos de nobleza: enseñemos á los traidores, que quieren hundir el puñal en el pecho de la Madre Pátria, como perdonan los pueblos que son grandes, y que en su grandeza llevan la magnanimidad, las ofensas que reciben.

JUAN PALOMO se asocia de todo corazón al acuerdo del Casino para pedir el indulto de aquellos desgraciados jóvenes.

Y recobro mi habitual lenguaje alegre, para hacer ver, lector amabilísimo, lo que la gente laborante se figura que es un héroe.

Un periódico filibustero me ofrece ocasión propicia para presentar el contraste, y la aprovecho. ¡Vaya si la aprovecho!

Hasta ahora me habían dicho que era un héroe Jordan y héroe y medio Quesada, y hasta Reyes, el de Cayo Hueso, parece que es un badulaque con piel de héroe; pero ha tomado una forma tan distinta la heroicidad en cada uno de estos individuos, que yo me encontraba sin conocer el verdadero tipo.

Es claro; desde el insignificante barrito que sale en la barba del que empieza á ver que le apunta el bozo, hasta el golondrino y el tumor de respetables dimensiones, hay una serie considerable de granos, que todos son granos, pero que cada uno tiene forma y nombre diferentes.

A los individuos que he citado les ha salido en el cuerpo la heroicidad de tan diferentes modos, que yo me confundía.

Pero ya no me confundo; *La Revolucion* me ha sacado de dudas y me ha hecho conocer el héroe hecho y derecho, mondo y lirondo, por detrás y por delante.

Entremos en explicaciones.

Un periódico español dijo, relatando un hecho de armas, que los insurrectos se presentan desnudos.

La Revolucion, olvidando lo que debe á su sexo, al oír esto abre cada ojo como una Puerta Otomana y grita en un acceso febril de entusiasmo:

“Donde los hombres se presentan desnudos (á pelear), qué esperanza queda al enemigo? ¿No ha adquirido aún el convencimiento de lo imposible que es vencer, que es sofocar una revolución que ha exhibido tales muestras de heroísmo?”

No me digas más, periódico adorable; no prosigas, que acabo ya de ver al héroe tal como es, tal

como debe presentarse para ser reconocido por todos.

No tiene usted más que quedarse en pelota y ya es usted un héroe.

Por esa regla, que yo tengo por muy fija, debe haber más héroes de noche que de día.

Propongo una modificación en la *toilette* nocturna. En vez de gorro de dormir, pongámonos una corona de laurel.

Yo la uso desde esta noche; pues en el mismo instante que me quedo en calzoncillos, me juzgo un medio héroe.

¡Vaya que sí!

España, despierta!

No malgastes tus esfuerzos en luchar con una gente que no te dá la cara, que esquiva el combate, pero que sabe llegar al heroísmo de golpe y porrazo y sin tener que darle ni un real al sastre.

¡Qué barato es eso; no tener que pagar ni un céntimo por las *hechuras* de un héroe!

Ahora comprendo porque Adán, un hombre sólo ántes de tener que buscar el atavío del pámpano tradicional, no vió invadido su territorio por el extranjero.

Está claro! si iba en cueros, quién se habia de atrever con él?

Gracias, muchas gracias debe la humanidad á *La Revolucion* por el descubrimiento que acaba de hacer, estableciendo la debida separación entre el héroe y el ser racional.

Pero aún queda un heroísmo mayor que practicar.

Supongamos que se funda un pueblo todo de héroes. Cubita Libre, por ejemplo, si llegase á ser libre y á ser Cubita; entónces los verdaderos héroes de ese pueblo—héroes entre los héroes—serían los sastres, por vivir sin ganar una peseta.

Concluyamos.

JUAN PALOMO y todos los *Juanes* que le rodean, felicitan á nuestra digna autoridad superior, el Excmo. Sr. Conde de Valmaseda en el día de su santo.

Y al dirigirle su respetuoso saludo, le desean que vea muy pronto satisfechos sus afanes, con la completa pacificación de este territorio.

JUAN PALOMO.

LAS TRES CARAS.

Ya ustedes conocen á mi vecino don Fermin, y me dispensarán por lo tanto el gasto de una segunda presentación. Pero he de exhibir hoy algunas de sus extravagancias, y para que vayan ustedes haciéndose cargo de lo malicioso y entrometido que es el bueno de don Fermin, mi despiadado vecino.

Figúrense ustedes que en su manía de adquirir cuantos datos, biografías y retratos de celebridades políticas ven sus ojos, compró por mucho más de lo que vale á Mr. Thiers de cuerpo entero, al mismo señor colocado en cierta plástica actitud, y, por variar, la cabeza del susodicho sujeto, que por

lo bien ejecutada, vá teniendo en Francia numerosos pedidos, al decir de don Fermin, aunque yo pienso otra cosa, porque considerados esos tres retratos como obras de arte, no podrán satisfacer ni al más profano en materia de dibujo. Sólo mi vecino hubiera sido capaz de cargar con ellos dando dinero encima.

Por lo que toca al parecido, esencial condicion de todo retrato, me veo imposibilitado de formar juicio; porque yo no conozco á Mr. Thiers más que para servirlo; recuerdo haber leído en un periódico formal que á los que lo tratan mucho y de cerca le sucede lo mismo, opinion que envuelve un problema de cuya resolucion no quiero ocuparme. Diré, sí, que entre las tres copias no hay un sólo rasgo fisonómico que les sea comun; aquello es la anarquía de la semejanza, subida de punto.

—Paisanazo, me dijo don Fermin entrando en mi cuarto con aire triunfante; acabo de comprar estos tres retratos de Mr. Thiers, el sábio de los sábios, el político por esencia, presencia y potencia, el mozo de más agallas que dice *oui* en toda la redondez del globo. Aquí lo tengo, exacto y triplicado, para ir usándolo por turno y á fin de que dure el repuesto. Me los ha vendido un honrado sujeto que vende estas cosas en el mercado, el cual me ha ofrecido proporcionarme media docena de Pios nonos, de primera mano. Ea, ¿qué le parece á usted Mr. Thiers?

—Muy bonito.

—Eso no es contestar, carátula. ¿A cuál de los tres dá usted la preferencia?

—Al más barato. . . . Pero cristiano, ¿no conoce usted que lo han engañado? Pueden tres caras diferentes pertenecer á un mismo individuo?

—Sí señor, y hasta treinta, si ese individuo se llama Mr. Thiers; y si nó, vea usted. Aquí lo tenemos de cuerpo entero: su frente parece iluminada por el génio y por el pintor de pacotilla que le estampó ese birrion de almagre en el ojo izquierdo. Está preocupado con la redaccion de un documento. . . . Ea, á que no sabe usted qué documento es ese?

—¿La paz con Prusia?

—¿Qué paz ni qué porra! Eso pertenece al Mr. Thiers número 3, que guardo para luego. El que le enseño, rozagante y vendiendo salud, es Mr. Thiers del tiempo de la restauracion borbónica.

—Pues no caigo.

—Ahora caerá usted. Ese papel es la famosa protesta contra el golpe de Estado de Carlos X, que anuló la constitucion por medio de sus cinco célebres ordenanzas. La protesta, obra de Mr. Thiers, echó á rodar la dinastía Borbon y entronizó la de Orleans, á la que pertenecía el protestante de cuerpo entero, ni más ni ménos que como está retratado.

—¡Magnífico! Ya veo, don Fermin, que ha hecho usted sérios estudios sobre su héroe. Y la segunda cara de ese caballero ¿á qué época pertenece?

—Váyalo usted pensando, paisano.

—Sí, ya pienso; pero no doy en ello.

—Bueno, le ayudaré. La actitud académica que tiene el gran hombre en ese retrato, revela que ya por esos tiempos era académico ó cosa así. ¿No es perfectamente lógica la deducción?

—Admirable! como suya, vecino.

—Gracias. Lo que está probado es que ya era hombre de importancia y ministro cuando empezó á ver las cosas con cuatro ojos; este retrato le conserva sus espejuelos, luego aquí le tenemos tal cual era cuando ayudó á Luis Felipe á salir de la soliviantada duquesa de Berry, Dios y ellos saben cómo, y de los pícaros republicanos, que no podían echar á puerta ajena los resabios que dejó en Francia el dichoso 93.

—¡Cuidado, don Fermin, que Mr. Thiers es republicano!

—Pero entónces no lo era, ni usaba la cara que se ha echado ahora para diario. Desengañase usted, amigo Perez, los republicanos han sido y serán siempre los mismos en todas partes. Alborotadores y descamisados; pero en Mr. Thiers hallarán la forma de su zapato, de lo que me alegro. . . .

D. Fermin interrumpió su discurso para preguntarme de repente, al mismo tiempo que me lanzaba una mirada terrible:

—Y usted, ¿no se alegra también?

—¡Vaya si me alegro! muchísimo, le contesté; sólo que á mí no me dá tan fuerte como á usted por meterme en lo que no me importa.

—Eso, paisano, no pasa de ser una salida de tono. Mire usted á nuestro hombre y admire la plástica posicion en que está retratado; es la misma que adoptó para anunciar al buen pueblo de París la victoria de las armas realistas en Lyon, por el año 34, y para proclamar este triunfo de las armas re-

publicanas del gobierno de Versalles en 1871; esta es la *gran actitud* tomada por el sábio político en ciertas difíciles situaciones, de que han hablado mil veces todos los diarios. Véala usted bien y apréndala para las grandes ocasiones: la pierna derecha un poco adelantada; el brazo extendido, en ademán protector, teniendo cuidado de levantar recto el dedo índice hasta que se parezca al dedo de San Juan, su tocayo. . . .

—Basta, don Fermin, le dije á mi vecino, viendo que desatinaba: ya sé bastante de actitudes y posiciones; pero todavía no me ha explicado usted qué papel es ese que veo cuidadosamente enrollado en la mano de Mr. Thiers número 2.

—Ah! es la órden para suspender la publicacion del periódico *La Tribuna*, porque protestaba contra Mr. Thiers, como Mr. Thiers habia protestado contra Carlos X; pero, amigo, esta vez tenia mi héroe el panderlo en la mano y no dejó que le tocaran diana, siendo él tambor mayor; con todo, Mr. Thiers se olvidó de contar con la huésped, y esta se presentó á los Orleans en 1848.

—D. Fermin, cuanto usted me cuenta es de lo más instructivo y alegre, pero me está dando sueño. Falta la explicacion del tercer retrato; con que sea usted breve, y déjeme en paz.

—¡Carátula, paisano, y qué súbito es usted! Por fortuna, no hay aquí más que la cabeza de Mr. Thiers, y aunque es una gran chola, acabaré pronto con ella. Mire usted, pertenece á la época actual, es una cabeza republicana, que se ha puesto vieja al servicio de la monarquía: para que exprese esta idea, yo mismo la he separado del cuerpo, guillotinando á Mr. Thiers con las tijeras.

—¡Horrible decapitacion, don Fermin! Y qué ha hecho usted del resto?

—Lo guardo; y en cuanto se constituya definitivamente el gobierno francés, voy, cojo, y le pego con almidon al pedazo superior que le falta; pero, entre tanto, la república no tendrá más que la cabeza de Mr. Thiers, con toda la region cerebral que ha quedado incólume, donde se hallan el órgano de la adquisibilidad y otros de este jaez; ahora, lo que es el corazon y demás menudencias del gran tribuno, que no cuente la república con ellos, porque me los he dejado en casa.

No sé hasta qué hora estaría charlando don Fermin, porque me quedé dormido, arrullado por su charla sempiterna. Al despertar hallé sobre la mesa un papel que decía así:

“Paisano, me han traído los Pios nonos; mañana sin falta se los llevaré.—*Fermin.*”

¡Mañana! Pues señor, no vuelvo á casa hasta la semana que viene.

JUAN PEREZ.

¿SIRVO?

Desde que he sabido la disolucion del Congreso, bulle en mí la idea de ser diputado en el próximo parlamento.

¿Por qué nó, carambita, por qué nó? Por qué he de tener metidos en el buche los treinta y siete ó treinta y ocho discursos que se me pasean por dentro del cuerpo buscando un sitio por donde salir?

Por qué no he de ser yo padre de la patria, vamos al decir, con todo el aparato que el argumento requiere?

Creo que estoy en todas las condiciones de la paternidad, salva sea la parte: creo que la patria no se opondrá á que yo sea su padre, cuando lo han sido tantos otros, más graciosos, podrá ser, pero más bonitos nó: creo que aún hay patria, Verunundo, á juzgar por las señales, pues á un vecino mio le acababan de dar un empleo.

Entónces, qué me detiene? por qué no he de ser candidato, y despues de candidato elegido, y despues de elegido diputado, y despues de diputado. . . . la mar!

¿Qué habrá después de la mar? La subsecretaría de un ministerio? Me parece poco!

Que vá á qué no me presento candidato porque no veo un porvenir bastante claro? Es decir, porque no hay bastante patria para mí; porque me viene estrecha la patria; porque soy demasiado padre para no llegar más que á subsecretario de un ministerio.

¿Qué patriota soy. . . . al uso del dial!

Voy á hacer un inventario de mis méritos y servicios para exponerlo al público y que juzgue este.

Quiero que me conozcan los electores, no de este ó del otro distrito, sino los de todos los distritos; pues para cualquiera soy útil. ¿No sirvió Labra para el de Infiesto? Pues ya vé usted. . . . ¡ni Infiesto puede tener nada de comun con Labra, ni Labra tiene nada de comun. . . . con nadie.

¿No hemos visto en el Congreso á muy respetables prelados hechos unos verdaderos padres?

Es decir, padres. . . . de la patria; no confunda mos las especies.

El mismo Nocedal, que es más duro que una roca, no es diputado por Toledo; es decir, por la patria del mazapan?

Pues entónces que me voten á mí en todos los distritos y que se dejen de pamplinas: en todos sirvo.

¿Que no me conocen los electores? Pues para eso voy á decir quién soy, presentándoles una copia exacta de mi persona, vista por dentro y vista por fuera. Quizá no hagan ni la mitad otros muchos que serán elegidos con verdadero entusiasmo.

Atencion, pues, que ahora entra la parte formal, la útil, la provechosa.

Electores, oid:

Tengo una estatura regular; tamaño suficiente para diputado. Puesto de pié y con el brazo extendido hácia arriba llevo perfectamente al estante donde están archivados los nombramientos de embajador, director general ó consejero de Estado. Si me pongo de puntillas, alcanzo hasta las cartaras ministeriales. Creo que en cuanto á dimensiones no hay nada que decir: soy útil.

Mi nariz es bastante larguita y con un olfato muy fino; de manera que huelo muy pronto cuando un ministerio ha de caer, para cambiar, con tiempo, de casaca.

Mis ojos son. . . gachones: tienen las pestañas muy largas y con eso muchas veces parece que están cerrados, y sin embargo, veo. Esto es muy provechoso, principalmente para aquellas cuestiones en que medien pesos duros ó pesetas columnarias. Sé cerrar el uno, para no ver el camino por donde se vá á la oficina, y tener abierto el otro, para leer en la nómina el sueldo que corresponde al empleo que han de darme, porque así lo requiere el argumento.

La boca que Dios me ha dado es un pico de plata. ¿Qué discursos tengo en la punta de la lengua! Todos son de última novedad: cortados por el figurin más reciente.

“Hay momentos en la vida de los pueblos. . . .” —así empieza uno.

Otro:

“No venia hoy preparado para este debate. . . .” —por supuesto que esto lo diré cuando lleve tres ó cuatro meses de estudiar el asunto que se discuta.

Otro:

“Yo he venido aquí á buscar el mayor grado de felicidad para mis electores, y ese grado no podrán aquellos obtenerlos si no se concede el grado de Capitan general á fulano ó á perengano. . . .”

Otro:

“Las sociedades modernas descansan sobre bases muy. . . . deleznales, ó lo que sea. . . .”

En fin, una coleccion completísima para todos los gustos y para todos los gastos.

Soy uno de esos oradores que se elevan hasta las regiones del vacío, y aún allí encuentran que comer y á quien pedirle un par de duros.

Tengo ropa decente—y pagada ya al sastre, que es lo más extraño—para presentarme en el salon de Sesiones y en los gabinetes de las damas aficionadas á los oradores políticos.

Poseo un carácter de letra bastante regular y sé que huerfano se escribe con *h*, por mandato de un pontífice, de cuyo nombre no me acuerdo en este instante, ni en el otro.

En cuanto á mis opiniones políticas, son bastante claras y definidas. Almuerzo á las diez, como á las cinco y ya no ceno, á no ser que me conviden.

Creo que esto es terminante y que se comprenderá perfectamente que no he de hacer traicion á mis principios ni á los del amigo que me convida á comer los de su casa.

Llevo siempre por delante la felicidad de mis electores; y para que no se ofendan, pensando que al decir que los llevo por delante indico que los tengo montados en las narices, les advierto que soy chato.

Asistiré puntualmente al Congreso siempre que haya escándalos gordos y cuestiones personales, reservándome descansar en casita, cuando se discutan los presupuestos ó cosas de utilidad general.

En mis discursos haré continuas alusiones á este y al otro, para que se prolonguen esos debates de efecto; esos que gustan y para que no se aburra el público de las tribunas oyendo hablar de obras provechosas, de instruccion, de mejoras positivas, de economías y otras simplezas por el estilo, que sólo pueden entretener á los bobos.

Con que, ya he dicho quién soy yo.

Caballeros lisonjeros, electores seductores, ¿sirvo ó no sirvo?

JUAN DE AUSTRIA.

EN EL 2º ANIVERSARIO

DE

GONZALO CASTAÑON.

Ah! ¡Cómo nó! mi labio enmudecido
ley es que el eco de su voz levante
hoy que le impulsan remembranzas tristes
á que de nuevo sollozando cante.

Ayer le ví, de esfuerzo y de bravura
hinchida el alma toda,
á su semblante aglomerar con brio
la hirviente sangre de su extirpe goda.

Y hoy... há dos años que el vivaz destello
del sol de su mirada
entró en eclipse y se perdió en las sombras
del mundo de la nada!

Ah! ¡Cómo cambia en el reloj del tiempo
el péndulo sonoro
el grave son de su vaiven pausado
en notas lentas de amargura y lloro!

Era un ibero paladin que ardía
en llamas de heroísmo,
fué á generosa lid, y en la honda arena
la cobarde traicion le abrió un abismo.

Dios, desde entonces, en sangrienta nube
dejó empañado un nombre,
que ni aun, cual mancha, pasará á la historia
por no amenguar la condicion del hombre.

¡Qué eterna execracion y escarnio eterno
merece al buen patriota
aquel que el campo del honor esquivó
y en noble espalda su puñal embota!

Y el bando mismo que alentar pretende
con torpe alevosía,
ha de arrojarle su maldad al rostro
de las venganzas en el negro día.

Y, en tanto, el mártir con aureola blanca,
en disco de alta gloria,
ostentará su immaculado nombre
en el altar fulgente de la historia.

Há dos años!—me acuerdo!—con el brio
de su español acento
todo un volcan de llamas transmitía
al corazon que le escuchaba atento.

El despertó la hoguera, que dormía,
del patriotismo hispano,
y fué el primero en conquistar laureles
muriendo como noble castellano.

Ah! ¡qué jamás su tumba se mancille
con insolente idea,
y aquel que torpe á consentirlo llegue
escarnio y mengua de los hombres sea!

Habana 2 de febrero de 1872.

SATURNINO MARTINEZ.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XLI.

Viendo que Adelina no volvía de su profundo desmayo, le roció con agua la cara, y entonces empezó á respirar con alguna libertad; le cogió una mano con afecto para tranquilizar su espíritu cuando abriera los ojos; pero á pesar de mi precaucion, al incorporarse, distinguió mi uniforme, y un grito penetrante se escapó de sus labios, llevándose á la frente la mano que tenia libre.

—No te asustes, Adelina, le dijo su madre acercándose á ella; es un amigo que nos defiende.

—¡Un amigo! murmuró la jóven con un espanto indescribible.

—Sí; Adelina, un amigo, repetí con voz dulce; un amigo que viene á buscar á usted para ampararla y conducirla á la ciudad.

—¡A la ciudad! exclamó doña Casiana. ¿Qué vá á ser de nosotras?

—Nada tienen ustedes que temer, señoras; les respondo con mi cabeza, no sólo de que serán respetadas, sino de que se les tratará con las consideraciones que su sexo merece.

—¿Pero los soldados....? observó la tuerca temblando de miedo.

—Los soldados no son fieras, sino hombres, más humanitarios que los rebeldes; y además, obedecen las órdenes de sus jefes.

—¿Y Palanquetilla? preguntó doña Casiana con muestras de un recelo muy fundado.

—Luego hablaremos de él, señora; hágame usted el favor de esperar en esa habitacion, pues quiero hablar con Adelina.

La tuerca me clavó su ojo con intencion torcida.

—Puede usted salir sin cuidado, le dije con tono algo despreciativo, y dejar sola conmigo á su hija, porque soy un caballero.

Salió entonces sin replicar, y fué á sentarse en el cuarto contiguo, pero enfrente de la puerta de la despensa, sin duda para vigilar mis acciones, ya que no oyera mis palabras. Me senté en otro saco de arroz, enfrente de la pobre niña, y entablé con ella el siguiente diálogo:

—¿No cree usted, Adelina, que fué una locura abandonar la ciudad y perder las comodidades de su casa para exponer se á una vida de aventuras peligrosas, sin ninguna ventaja?

—¡Ah! sí: bien toco ahora las consecuencias de aquella calaverada de mi madre, por que fué ella, caballero oficial, quien obligó á mi desgraciado padre á salir de Puerto-Príncipe.

—Lo creo; conozco bien los impulsos de esa buena señora, y nada nuevo de ella puede usted decirme.

—¿Nada nuevo? preguntó la jóven con sorpresa. ¿Conoce usted por ventura á mi madre?

—Nó.

—Entonces.... No recuerdo haber visto á usted en la ciudad.

—Llegué á ella herido después de la fuga de ustedes; pero la casualidad colocó en el hospital mi cama al lado de la de un jóven herido tambien como yo en un encuentro con los rebeldes; y lablamos mucho de usted y de todas las personas de su familia.

—¿Un jóven herido?... ¿Quién es?

—¿No lo ha adivinado usted en seguida?

Adelina bajó la cabeza, y un ligero tinte sonrosado tiñó sus pálidas mejillas.

—Un hombre que todo el día y las horas de la noche que los dolores físicos y morales le robaban el sueño, me hablaba de Adelina Casamayor, y sólo de Adelina Casamayor, no puede ser más que uno, cuyo nombre vaga en estos momentos por los labios de usted.

La jóven dobló enteramente la cabeza sobre el pecho, sin duda para ocultar el vivo carmin de sus mejillas, que se habían encendido al oír aquellas palabras.

—¿Necesito decir su nombre? le pregunté.

—Nó, me contestó sin alzar la cabeza; pero marcando un estremecimiento en todo su cuerpo, cuya causa comprendí.

—¿Se acuerda usted de Félix Pacheco? Sea usted franca conmigo.

—Siempre, murmuró la jóven sin moverse y ahogando un suspiro.

—Pues bien, Adelina, vengo por encargo de Félix Pacheco á llevar á usted á la ciudad.

—¡Félix Pacheco! exclamó la pobre niña levantando con violencia la cabeza y clavando en mí los ojos espantados.

—Sí: él aguarda á usted en la ciudad.

—¿El?... ¿Viene usted á aumentar la angustia de mi situacion?

—¿Por qué se expresa usted así?

—Pacheco no existe.

—¡Bah! Pacheco vive, y no tardará usted muchas horas en convencerse de la verdad de mi noticia.

—¿Vive? ¿vive? preguntó Adelina con la exaltacion de un delirante.

—Sí. Ya sabemos la cábal infame de que fué usted víctima para sacrificarla; pero Dios es grande, y envió por mi mano el castigo para los malvados.

—¡Ah! ¡nó! murmuró la jóven con desaliento; si Félix viviera, estaría ahora aquí; hace tiempo que hubiera venido á buscarme.

—Eso es imposible, Adelina; el alférez no puede disponer de sus piernas para esta clase de empresas atrevidas.

—¿Por qué?

—Porque para llegar hasta aquí se necesita tener dos piernas, y él no posee hoy más que una.

—¿Cojo tambien? balbuceó con expresion de profundo dolor.

—Cojo tambien, le repetí con intencion; cojo como Palanquetilla.

Al oír este nombre, cubrióse ella el rostro con las manos, y un sollozo se escapó de su pecho.

—No es este el instante de entregarse al sentimiento, sino de venir á la ciudad, donde está Félix Pacheco.

—¿A la ciudad? preguntó la jóven, irguiendo la cabeza; ¡no es posible, caballero oficial! Mi puesto está aquí; aquí debo morir, al lado de mi marido.

—¿De Palanquetilla? pregunté con rabia.

—Sí; víctima de un engaño, creyendo muerto á Pacheco, no pude resistir á las exigencias de mi padre, á los arrebatos de mi madre, á las persecuciones de mi primo, y me uní á este para siempre. El deber me sujeta á su lado, y sea cualquiera la suerte que el destino me reserve, sea cualquiera la desgracia que sobre mí pese, tendré que conformarme.

—Ese hombre no merece las consideraciones de un alma tan noble como la de usted, Adelina.

—Ese hombre es mi marido!

—La viuda de Palanquetilla, le dije con intencion muy marcada, nada tiene ya que hacer en este ingenio.

—¡Muerto! exclamó Adelina con terror.

—Ha muerto en su puesto; ahora prepárese usted á venir con nosotros.

La pobre niña no sabía lo que pasaba por su interior, y trémula, vacilante, se puso en pié; la ofrecí el brazo y salimos de la despensa, diciendo yo al paso á doña Casiana que nos siguiera. Me dirigí al fondo de la casa de vivienda para no cruzar por la sala, á fin de evitar á las dos señoras que tropezaran con el cadáver de Palanquetilla, y me uní al jefe de la columna, presentándole mis prisioneras.

El coronel dispuso que se les guardaran toda clase de atenciones, mandó ensillar dos caballos de los que había en la finca para que las señoras montaran en ellos, escogí el mejor para reponer el del Comandante general, que me había matado el pícaro cojuelo Palanquetilla, y organizada la columna, nos pusimos en marcha hácia la ciudad, brillando el regocijo en los rostros de todos los expedicionarios por el triunfo obtenido y por el botín, pues nos habíamos comido el almuerzo que los mambises estaban preparando para ellos.

Antes de abandonar el ingenio, inutilizamos todo lo que podía servir á los rebeldes, pues demasiado comprendíamos que no tardarían en volver de nuevo; para que nuestra expedicion fuera más beneficiosa, pastoreamos las reses que íbamos encontrando en el camino, con objeto de atender á las necesidades de la ciudad, que eran muy grandes, como ya sabe el lector.

Adelina y su madre, como casi todas las señoras del Camagüey, montaban muy bien, y no les era por lo tanto penosa la marcha, estando ya acostumbradas á hacer viajes á caballo mucho más largos. Me había colocado entre las dos para ampararlas y evitar que los soldados las mirasen con malos ojos ó les dirigieran alguna frase inconveniente, disculpable en la saña que siempre despiertan las pasiones en las guerras, y más en las guerras como las de Cuba.

La tuerca, pasado el primer susto, iba con la cabeza baja, devorando el veneno de su alma y echando allá en sus adentros una carretada de maldiciones contra los que la conducíamos, á pesar de las consideraciones que se la guardaban. El lector, que ya conoce la impetuosidad de su génio y la maldad de su alma, no necesitará que me esfuerce mucho para hacerle comprender el verdadero estado de su espíritu.

Adelina iba preocupada, enjugando de tiempo en tiempo algunas lágrimas que no podía contener y que acusaban sus muchos sufrimientos: su situacion era angustiosa, porque la lucha sería grande á causa de los encontrados afectos que la sostenían. Ella no había amado á su primo Palanquetilla, pero su desastrosa muerte era natural que la hubiera sorprendido; por otra parte, la noticia que le había dado de que Pacheco vivía y de que iba á verle, no podía menos de producirle honda sensacion. Quizá, al volver á la ciudad, realizaba el ensueño de tantos días de tormentos, pero dejaba sepultados en el ingenio á su pobre padre, sacrificado á las torpes exigencias de su mujer. Estas ideas debían cruzar atropelladas por su mente; á fin de distraerla, le dirigí estas palabras:

—Nos vamos acercando, Adelina; ¡mucho valor!

—¿Estamos cerca? me preguntó con un tono que lo mismo anunciaba deseo que temor.

—Desde aquí le veo, añadí acercándome á su lado; impaciente, mirando el camino, contando los minutos, llamándose.

Aunque no nombré la persona que me llamaba contando los minutos, que miraba impaciente el camino, Adelina comprendió que no podía ser más que él; y por eso, sin duda, más que por prudencia, no se atrevió á pedirme explicaciones.

Ella calló, y yo tambien.

Una hora después, al llegar á la altura de una cuesta, donde el coronel dió algunos minutos de descanso á la tropa, me levanté sobre los estribos para ver mejor, y dije con alegría:

—¡Animo, Adelina! ya divisó la torre de la Merced; ¿no vé usted cómo se ciernen en el espacio las fatídicas auras que tienen allí su nido?

Adelina alzó entonces la cabeza, y lanzó con trabajo un suspiro.

Seguimos la marcha, y al medio día, las campanas, de lejos, nos anunciaron el regocijo público; los vigías de la ciudad nos habían divisado, esparciéndose la noticia de nuestra vuelta en aire de triunfo. De seguro habrían divisado tambien las reses, que iban á calmar el hambre que devoraba á los pobres habitantes, víctimas del bloqueo.

En el puente de la Caridad nos esperaba el Comandante general con su Estado Mayor; y allí todos nos abrazamos con júbilo, contestando las mil preguntas que se nos dirigían; allí estaba la ciudad entera, con la sonrisa de la satisfaccion en los labios, con el rayo de la gloria en la frente.

Sólo había dos rostros en los cuales se marcaban las huellas de sentimientos diferentes; en las pupilas de Adelina se abrasaban dos lágrimas; en el ojo disponible de doña Casiana se veía una gota helada; no era una lágrima; ¡era una gota de veneno!

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.



CUBA.—Amigo, me han dicho que V. dice que hasta que V. se encargue de nosotras no estaremos tranquilas. Pero, francamente, tiene V. los papeles algo sucios para eso. Examinelos V. y recuerde su historia.
 (Esta caricatura es contestación á otra con que nos ha obsequiado el periódico ilustrado de *Frank Leslie*, de Nueva York.)



SOMBRERO.—Parte del traje que sirve para abrigo de la cabeza.
(Definición del Diccionario de la Academia.)



SOMBRERO.—Prenda de vestir que sirve para adorno de la cabeza.
(Diccionario Enciclopédico.)

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 25 DE ENERO.

¡Qué gracioso y remonono y agudo es el *Cabo suelto* de *La República* que hoy tira *balas casuales* desde *El Pueblo*!

Oigan ustedes su última agudeza, que es capaz de atravesar la mollera de un laborante, á pesar de lo dura que suelen tenerla.

Pone un problema más difícil de resolver que el teorema de Euclides, y dice muy satisfecho: "veremos quién lo descifra." Ahí vá el problema:

"Si con cañones de á trescientas le pasaron los peruanos el blindaje á la *Numancia*; los *yankees* con cañones de á cuatrocientas, quinientas, etc., etc., qué le harán á la *Arapiles*, la *Tetuan*, la *Zaragoza* y demás compañeras?"

Ahí tienen ustedes el problema.

Pero ahí vá también la solución.

"¿Qué harán los *yankees* con sus cañones de á cuatrocientas, quinientas, etc." eh?

Reventar dichos cañones, echar patas arriba á los artilleros y sepultar á los monitores en el fondo de los mares.

Esto es lo que harán los *yankees* con sus formidables cañones.

Y para que al artillero de las *balas casuales* no le quede la menor duda de que lo harán así, le advierto que esta solución no es mía, sino del *Sun*.

Sí, señor, del *Sun*, por más inverosímil que parezca, y si quiere cerciorarse de la verdad, lea una carta que publicó el *Sun* hace algunos días, escrita desde Washigton por un *Timon*, que ni es de barco, ni es ateniense.

Con que déle al *Sun* el premio que ha ofrecido, ó désele á sí mismo, ya que ha sido *mártir* de la única verdad que ha dicho el *Sun*.

Y basta de matemáticas.

**

El mismo periodiquín á que he aludido se nos descolgó el sábado pasado con unas cartas del Presidente de la República de azogue, que si en lugar de cartas fueran vino, serían muy estimadas por lo rancias.

Y con esa lógica asombrosa que don Pepe de la Luz ha enseñado á sus discípulos, exclama *El Pueblo*:

"Estas cartas de Carlos Manuel Céspedes están escritas en la manigua en Noviembre de 1871.

"Luego es falso que Carlos Manuel Céspedes esté fuera de la Isla en 1872."

¡Este argumento me ha encuadrado!

**

En la carta, que dice *El Pueblo* que Céspedes ha enviado á la esposa que tiene aquí, hallo una frase que es digna de pasar á la posteridad, junto con aquella del *Times* relativa al asiento del gobierno insurrecto.

Una y otra son gráficas hasta la pared de enfrente.

Esta frase de Céspedes describe en cuatro palabras el carácter de los ciudadanos de la República Cubera, así como la del *Times* describía la forma y *estabilidad* de su gobierno. (Debo advertir, entre paréntesis, que la palabra *estabilidad* aquí es derivada de establo y no de estable).

Pues señor, dice Céspedes al hablar de su pueblo:

"Su resolución es tanta, que ántes llegarán á ser antropófagos que españoles."

¡Y qué verdad ha dicho usted, seor Presidente!

¡Y qué bien conoce usted á los salvajes que lo rodean!

Porque ya es sabido que para antropófagos les falta poco, mientras que para ser buenos españoles les falta andar tantos millares de leguas que no las andarán nunca, á pesar de sus facultades corredoras.

¿Con que en ser antropófagos cifran ustedes toda su ambición?

Lo malo es que no puedan satisfacer ese apetito, comiéndose unos á otros; porque para ser antropófago hay que comer carne humana, y ustedes han demostrado que no son hombres.

**

La Comision Militar del Senado de los Estados Unidos ha informado favorablemente acerca de un proyecto de ley que dispone que se distribuyan piernas y brazos postizos á todos los soldados que han perdido unas ú otras en servicio de la Union.

El proyecto se aprobó despues de enmendado de manera que sean soldados y oficiales, así del ejército como de la marina, los recipientes de esos remos artificiales.

¿No podría el Congreso de Cuba Libre votar una ley parecida para que se provea á todos los insurrectos de seis ó siete pares de piernas adicionales á las de carne y hueso que ya tienen, á fin de que puedan correr mejor en casos dados?

Si les parece bien mi pensamiento avisen, que yo me encargo de hacer construir unas de resorte que no haya nadie capaz de detenerlas cuando se hayan puesto en movimiento.

Y de este modo, así como los portugueses cuentan sus regimientos montados por *pies de cavallo*, el gobierno de Cuba Libre podrá decir que sus ejércitos constan de tantos pies de mambises.

Y la cifra será fabulosa.

**

¿Hablábamos de fábula?

Pues oigan ustedes una proposición que ha presentado Mr. Blair al Senado americano, despues de haber comido fuerte y ántes de hacer la digestión.

Abrañ ustedes los ojos, las narices, la boca y las orejas para no perder punto ni coma de esta célebre proposición.

Dice poco más ó ménos lo siguiente:

"Por cuanto la posesión de Andalucía no es ya necesaria á España para asegurar la tranquilidad del imperio turco, y es muy necesaria á los Estados Unidos para tener un portero en el estrecho de Gibraltar que defienda á la República norteamericana contra la invasión de los moros y al comercio del lago Michigan contra las depredaciones de los contrabandistas de los Pirineos;

"Por cuanto la posesión de Andalucía no es necesaria á España, porque los españoles son sóbrios, mientras es muy necesaria á los Estados Unidos, porque los americanos son muy aficionados al mosto;

"Por cuanto en España apénas se hace caso de las vinos de Jerez, Málaga, etc., tanto que se exportan en gran cantidad al extranjero, mientras que en los Estados Unidos se consume una cantidad fabulosa de Jerez.... falsificado, ó sea veneno con el nombre de *Sherry*, lo cual demuestra el gran aprecio que se hace de aquel vino;

"Por cuanto hay en la República un hatajo de borrachines que no sirven más que de estorbo, los cuales hallarían en Andalucía un suelo fértil y un clima delicioso, muy á propósito para tenderse á la bartola y darse un atracon de vino bueno;

"Se resuelve: que el Senado y la Cámara del Congreso autorizan al Presidente para entablar negociaciones con España para la compra y adquisición de Andalucía."

Y el Presidente Grant, en virtud de esta autorización, enviará un comisionado (Mr. Sickles, por ejemplo) al rey Amadeo, y le dirá:

—Buenos días. Mr. Grant me envía á comprar la Andalucía.

—Hombre, toda no puedo vendérsela, porque necesito un poco para mí..... Si quiere usted unas cuantas varas....

—¿A cómo?

—A real sencillo.

—¿Puede usted darme una muestra? ¿Qué ancho tiene?

—Vara y media.

—¿Es toda lana?

—Garantizada.

Así se compran tierras, según la política americana.

JOHN BULL.

MADRID, 13 DE ENERO.

LO QUE PASA.—Lo que verdaderamente pasa, queridísimo JUAN PALOMO, es el tiempo. Quince días han transcurrido desde mi última carta, y á pesar de haber pasado uno á uno; y cada uno de ellos, hora á hora, minuto á minuto y segundo á segundo, han pasado como pasaron los quince anteriores y como probablemente pasarán los quince venideros. Y eso que en estos quince días han ido incluidas las fiestas de pascua y de año nuevo, y las de Reyes, sin olvidar, por supuesto, la de los Santos inocentes, que Santos habían de ser para ser inocentes en los tiempos que alcanzamos.

Y si supieras como han pasado estas fiestas y estos días!... cualquier filósofo creería que han pasado como pasan todos los demás; día á día, hora á hora, minuto á minuto y segundo á segundo; pero digan lo que quieran los filósofos, algo han de influir en estos países fiestas tan clásicas como las de pascua, año nuevo y Santos inocentes; y sobre todo, asuntos tan románticos como los que se registran en esta quincena, en los fastos de nuestra historia política contemporánea. Yo, en estos asuntos, en los de fiestas políticas, no entro ni salgo; identificándome con el sistema de JUAN PALOMO, lo veo desde cierta altura y digo para mi capote, que más valía que no pasaran, al menos como pasan, arrastrando en su paso violento y desentonado, unas veces la prosperidad de la patria, otras su porvenir y otras sus esperanzas.

Pero dejemos pasar esto, que no es de nuestra incumbencia; y recordemos lo que pasa, ó mejor dicho, lo que ha pasado y está pasando fuera, aparte de la política que tan impolíticamente pasa también por entre las sinuosidades de nuestros hombres públicos, que según lo públicos que se van haciendo, no parece sino que són los legítimos esposos de nuestras mujeres públicas.

Entre lo que ha pasado durante la quincena de las fiestas, ha debido pasar, y esto es muy interesante, la fiesta de los estrechos, ó lo que es lo mismo, la fiesta de los compadres, que en Madrid se estrechan durante los últimos días de cada año que muere y los primeros de cada año que nace; y se estrechan estos compadres con *motes nuevos para damas y galanes*, que así los pregonan los vendedores; y que son unos versitos escritos en papeles de colores con los cuales, no con los papeles, sino con los versitos, se estrechan los afectos de los compadres. Ha habido quien ha tratado de estrechar con este motivo á los elementos discordes del partido progresista, del partido más numeroso que hizo la revolución; pero, ¡qué quieres! Por más vueltas y revueltas que le han dado á las

papeletas y á los motes nuevos, sólo una vez salieron juntos, pero como el mote decía:

—Tienes fama de coqueta

y no sabes lo que quieres.

—Es verdad, mas tú ¿quién eres

mas que un insigne veleta....

Los unos y los otros creyeron que el asunto había sido preparado, y rompieron los motes, y el compadrazgo quedó así, es decir, sin arreglarse; y por poco se acaba la reunión como acabaron las sesiones de Cortes en la última legislatura.

De todo esto, ha resultado que la fiesta de los estrechos ha fracasado este año; y que los motes nuevos para damas y galanes, mas que motes de afecto han sido calificativos injuriosos, con los cuales se han puesto los unos á los otros como chaquetas de aceiteros.

Hay quién cree, ó por lo ménos, quién dice, que todo este *belen* es preparado por el partido que se llama conservador, ó restaurador, ó moderado; cuya dirección se ha dado exclusivamente á doña María Cristina que ha enviado ya sus agentes con veinte y ocho millones para que empiecen á hacer los gastos de preparación. A los trabajos de estos agentes se debe, según los murmuradores, la pugna entre los progresistas, Zorrillistas y Sagastinos, y la continuación de la insurrección de Cuba y las contradanzas de D. Cándido Nocedal en el bando carlista, y las exageraciones de la Internacional en España. Esto y otras cosas más se susurran y se murmuran, y vaya usted á echarle un galgo á la verdad del asunto. Por mi parte sé decir, que no digo nada; que cada uno es cada uno, y nadie es mejor que nadie; que en casa del jabonero, el que no cae resbala; que el que no está hecho á bragas, pierde el pan y pierde perro; y que galgo que sigue á dos liebres, las costuras le hacen llagas.

Y no me vengan con andróminas, que esto tiene trazas de chismografía. Yo no sé, ni averiguo, lo que hacer pueden esos que hoy dirigen el bando restaurador y conservador: su alma, su palma, y allá se las hayan.

Siguiendo el orden de la función, después de los estrechos que no se estrecharon ni aún en la recepción de palacio, del día primero de año, has de saber, mi querido JUAN PALOMO, que vinieron los REYES MAGOS, que de tan magos podían ser ya magros.... Y que vinieron, no hay duda; y si no lo crees pregúntaselo á los muchos que fueron á esperarlos con las escaleras al hombro.

Melchor, Gaspar y Baltasar llegaron sanos y salvos, ¡Dios lo bendiga! Lo malo es que, como vinieron, se fueron, sin hacer más que lo que hacen en el Parlamento, cuando llegan á él nuestros hombres políticos más importantes; que es pronunciar cada uno su discursito con mucho bombo, y nada entre dos platos. Melchor, Gaspar y Baltasar pronunciaron también sus discursos, que como todos los que se pronuncian en semejantes casos, llamaron mucho la atención, precisamente por que nada tenían de particular.

Y dijo Melchor: De todo hay en la viña del Señor.

Y dijo Baltasar: De todo hay, Señor, en tu majuelo.

Y dijo Gaspar: Nó; lo que es á mí tú no me la dás.

Y no vayas á creer, mi bueno de JUAN PALOMO, ni vayan á creer tampoco tus queridos lectores, que estos tres discursos de Melchor, Gaspar y Baltasar son *fac similes* de los discursos pronunciados aquí en palacio, en la recepción oficial de primero de año. ¡Quí! ¡Ni por pienso! Aquellos discursos son una cosa, y los discursos pronunciados por los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, son otra.... una cosa es quererte y otra es amarte; y no me vengan ustedes con paños calientes, ni *con aquí las puse*; que yo no soy hombre de meterme en tantas honduras.

Y á propósito de honduras, han de saber ustedes que el gobierno se ocupa en disponer las últimas medidas para concluir de una vez con esa vergonzosa insurrección, que ya no tiene razón de ser, sobre todo, desde que los españoles en masa se han pronunciado en el sentido más patriótico posible en contra de los que están interrumpiendo la marcha natural del progreso y desenvolvimiento de los intereses de esta isla. Aquí Cándidos Rodríguez y Nicolases Azcárate, que para comer, vivir y explotar los primeros; y para figurar en el terreno político los segundos, unos y otros explotan la necedad de los tontos y la malicia de los canallas. Y ahí los Aldamas, Céspedes y Agramontes que quieren á la fuerza sacar partido para una importancia personal de los que villanamente ocasionan perjuicios á su patria. Y aquí y allá, y acá y acullá, todos los hijos espúreos de esta magnánima nación trabajando por desvirtuar lo que el patriotismo espontáneo facilita á los gobiernos para terminar de una vez lo que nunca debió suceder y lo que hoy sobre todo no tiene razón de ser.

Y distraído con lo que *pasa* en este terreno, por poco me *paso* yo también de castaño oscuro en esto de la gravedad. La fortuna es, que eso en mí no pasa de ser un *lapsus plume* que pasa como pasa todo en este mundo; á escape. Y pasando, pasando, espero que pasen otros quince días para volver á ofrecer á los lectores de JUAN PALOMO mis respetos, cariños, consideraciones y etc., etc. Tu fino amante que T. M. B.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

MISTER COX.

Existe allá en Nueva York,
según han contado ayer,
un hombre, casi mujer,
que se llama mister Cox.

No sé si está pronunciado
cual se debe su apellido;
si no lo está, perdon pido
por ello al interesado.

Dando un *boy* con otro *boy*,
el sonido que se obtiene
es cabalmente el que tiene
el nombre de mister Cox.

Cox se pronuncia, y no es ganga,
el tiberio que ha movido
caballero tan cumplido
y amigo de la bullanga.

Tanto aquí como en Lucerna,
en Italia ó Portugal,
para ser coio un mortal
le ha de faltar una pierna.

Y á mister Cox, por antojo,
que es en él cosa corriente,
le falta tan solamente
una *ó* para ser Cox....

Mas por su mala ralea
alguno me aseguró
que aunque le falta la *o*,
el tal mister Cox, cojea.

Y no cojea del pié,
que es la cosa más corriente:
cojea, según la gente....
de una pata que yo sé.

Ese señor Cox ó Coco,
al Congreso americano
se presentó muy ufano
dando muestras de estar loco.

Pues pidió, cual si en familia
complaciente y cariñosa
se encontrase, cierta cosa
que le falta á doña Emilia.

Y por la cual con sus tres
compañeras de aventuras
á buscarla en las alturas
se marchó dando traspies.

Señor, que le faltará?
—por eso estoy en un potro—
Tiene ella.... de esto.... de lo otro...
y de lo demás allá....

Es cosa que acaba en *antes*,
y aunque no sé cómo empieza,
me rueda por la cabeza
que es cosa así de.... *bergantes*.

De los *cuberos* el gremio
á Mister Cox ha ofrecido,
si consigue lo pedido,
darle en recompensa un premio.

Pero un premio que el valor
con la belleza concilia:
un beso de doña Emilia
ó un collar de similor;

á elegir: unos retratos
de la mujer de Agramonte,
unas tallitas al monte
ó dos pares de zapatos.

Y por eso mister Cox
su petición importuna
la repite, una por una,
de las horas del reloj.

Que Dios premie de ese chico
tal constancia y tanto celo,
con un asiento en el cielo
y en la tierra.... con un *mico*.

JUAN DE LAS VIÑAS.

CARTAS TEATRALES.

DUODECIMA.

SR. D. JUAN ELO.—MADRID.—No hace muchos días, en una de mis cartas anteriores, te decía que continuando el gusto de los autores de zarzuela y del público por el camino empezado, acabaríamos por ver á las coristas bañarse en la escena.

Pues ya lo he visto, y muy lejos estaba yo de creer que tan

pronto me había de encontrar con el carácter de profeta acreditado.

De Madrid á Biarritz es una zarzuela que acaba con un baño general de ambos sexos en *tutum revolutum* y con los detalles más íntimos y más minuciosos que tu puedas figurarte.

Las coristas y las tiples y hasta los bajos salen con el airasito traje de baño y así cantan, bailan y triscan á pedir de boca.

Es cuanto se puede pedir al arte escénico: es la situación más fresca en que se pueden colocar los actores y el público.

La verdad es que ese último cuadro, aunque hace reír, sobra en la zarzuela, y que pudieran los autores prescindir de él sin que la otra quedara incompleta.

Por lo demás, De Madrid á Biarritz tiene un diálogo chispeante y gracioso, y es un cuadro perfectamente copiado de esas escenas cómicas que ocurren en los trenes económicos de placer, con billetes de ida y vuelta, y en los que van los viajeros como fardos.

De Madrid á Biarritz es ni más ni menos, un artículo de costumbres puesto en acción.

Ha hecho reír mucho al público, porque ya te digo que está escrito con mucho grageo; pero le hace perder todo su efecto la manera mezquina é impropia que tiene de ponerlo en escena. Aquel tren de ferro-carril no puede ser más grotesco ni peor combinado, y ¿qué más, hombre? el telón anuncio que se usa en el primer acto, la noche del estreno estaba ya roto.

¿Cómo te explicas que la primera vez se presente ya roto un objeto de la decoración? Figúrate que será andando el tiempo.

Y ya que empecé hablando del teatro de Albisu, seguiré ocupándome de él, aunque sea hacer una notoria injusticia á Tacon, posponiéndolo.

Pero, hombre, de quién habrá sido la infeliz ocurrencia de encomendarle á la Castro el papel de Calipso en *El Joven Telémaco*.

La Castro, toda dulzura, encogimiento y hasta cortedad, no puede demostrar el desenfado que la obra requiere, y así anduvo ello. Además, el papel de Ulises lo hizo un corista; ya puedes comprender que la cosa iría aquella noche al garete, como dicen los marinos.

La culpa la tiene el que hizo aquel detestable reparto de la zarzuela.

En fin, Carratalá á cuyo beneficio era la función, recibió aplausos, obsequios y vió el teatro lleno de bote en bote.

Vámonos de un brinco á Tacon.

Hernani se presenta como única novedad en toda la semana, y ahora me acuerdo de otra profecía que tuve el atrevimiento de hacerte días atrás.

El barítono Sparapani es una esperanza para el arte, dije, y ahora añado que no es solo una esperanza, sino que ya es una realidad.

La afinación, el buen gusto y la bravura con que canta el papel de Carlos V son suficientes para dar nombre á un artista y Sparapani lo ha conquistado ya, y muy digno, en la escena lírica. Preveo que dentro de pocos años has de oír hablar de él mucho y con grandísimo elogio.

¿Y qué más pasó en *Hernani*?—No me acuerdo. Silva toca muy bien la trompeta en el último acto y el tenor, con su eterno vicio de darse tirones de las narices, hace toda la voz que puede y adelante con los faroles.

Seamos justos, sin embargo; creo que es la primera vez que canta esta ópera y según tengo entendido, la aprendió en muy corto tiempo. Son circunstancias atenuantes estas que deben tomarse en consideración y que en cierto modo desarmen á la crítica.

El tenor es muy jóven, empieza ahora su carrera y tiene condiciones para llegar á ser algo, con el estudio.

Y esta última parte de mi carta no quisiera ercibírtela á tí, créelo, sino á la empresa ó al director de la compañía lírica.

¡Ojalá pudiera él leer este párrafo! porque le interesa, y ojalá, también, que aclarase mis dudas y me dijese lo que yo no comprendo.

Vamos á cuentas.

¿Cómo se duerme así en las pajas la empresa y deja transcurrir una semana lánguida sin más novedades que *Hernani*, con notable perjuicio de sus intereses?

¿Por qué no se representó *Crispino é la comare* el miércoles, como se dijo?

¿Qué se ha hecho ese *Profeta* y tantas otras obras que habían de dar resultados positivos?

Me consta que un artista eminente muestra grandísimo empeño en complacer al público y en dejar á este una grata impresión; pues entónces.... ¿qué? ¿qué aguardamos?

No sé qué haría por poder darme la respuesta á estas preguntas.

Ve tú si puedes averiguar algo, y comunicámelo, pues te lo pide con mucha necesidad tu amigo

JUAN PARTICULAR.

SARTENAZOS.

Como anunciamos, el domingo último se celebró en el gran teatro de Tacon junta general para dar posesión á la junta directiva de la *Sociedad de Beneficencia de naturales de Galicia*.

Los señores que componen aquella, fueron aclamados por la numerosísima concurrencia, y en la reunión reinó mayor entusiasmo, si cabe, que en las anteriores.

Se inició una suscripción, que sirva de base á los fondos de la Sociedad, y desde los primeros momentos empezó á dar magníficos resultados.

Por unanimidad fueron nombrados socios de mérito la respetable señora condesa viuda de Mina, duquesa de la Caridad, y la célebre escritora doña Rosalía Castro de Murguía.

La asociación de los gallegos es ya un hecho que honra mucho á los iniciadores del pensamiento, y por el cual nos felicitamos.

* *

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

¿Los infantes de Aragon
qué se hicieron?

¿Dónde están aquellos valientes que tan pronto acertaron el primer gerooglífico de JUAN PALOMO?

Han dejado casi desierto el concurso, porque el segundo parece que tiene mas perendengues que aquel, y únicamente una señorita de Matanzas que firma *Rosaura*, nos ha remitido la solución exactísima, y es la siguiente:

“Escudos hacen escudos,
ducados hacen ducados
y tahures muy taimados
con dados hacen condados.”

* *

En *La Propaganda Literaria* se han recibido por el último correo los números 1 y 2 del presente año del *El último Figurín*, baratísimo periódico de modas que dirige la Baronesa de Wilson.

Contienen preciosos dibujos y esplicaciones muy útiles para las señoras.

* *

Escandalizanse algunos pudorosos periodistas de que los príncipes de Orleans que tienen entrada en la Asamblea, hayan suscrito una proposición pidiendo el restablecimiento de la monarquía.

Francamente, yo creo que no hay razón para tales aspavientos; los príncipes, al pedir eso, han estado perfectamente en carácter.

Lo extraño, lo digno del escándalo hubiera sido ver á un Chambord, un Aumaule y un Joinville, legítimos hasta las uñas, optar por la definitiva constitución de la república, como lo hizo su antecesor Felipe Igualdad.

Pero como á este le costó la cabeza el ensayo, es dudoso que sigan su ejemplo los que se encuentran á gusto llevando as suyas sobre los hombros.

* *

MORALEJA.

Se enredó en un botón de mi levita
el manto de una bella señorita.
Con fuerza, del manto ella tiró
y un trozo de levita se llevó.
Si por sólo un momento es caro el laxo,
no es por toda la vida mal bromazo.

* *

Por el vapor-correo llegado ayer, hemos recibido el primer número del tomo quinto de Los Niños, que corresponde al 10 de Enero. Contiene este número, tan elegantemente impreso como de costumbre, lo siguiente: *El principio del año*, por Arnau.—*El monasterio del Escorial* (con una vista del mismo).—*El doctor D. Juan Perez de Montalban* (con un retrato del poeta).—*Pasajes bíblicos*, por D. Francisco Reig y Llopis.—*Los perros* (con dos viñetas).—*Dos gotas de rocío*, por D. Teodoro Guerrero.—*Geometría de los niños* (con figuras).—*El mejor país*, por D. E. Thuillier.—*La niña impertinente* (con lámina).

¿Habrá padres que, teniendo una mediana posición, no quieran dar á sus hijos esta *Revista de educación y recreo*, que compite ya con las mejores publicaciones de su género, que salen á luz en el extranjero?

Con dicho número se ha repartido una lámina cromolitografiada para que los padres pongan en ella la dedicatoria del libro á sus hijos.

* *

Si me ves descolorido,
no sospeches que estoy malo,
es que vivo con patrona
y há tres meses no le pago.

* *

Inglaterra ha proclamado su soberanía en un extenso territorio de Africa, anexándolo á la colonia del Cabo.

Los ingleses no hacen estas cosas por malicia, sino por pura humanidad. Es preciso llevar la civilización y el *roast-beef* hasta el planeta Marte.

Y además, que un país situado en tan ventajosas posiciones geográficas, siempre viene de molde para que en él se creen los fenianos empedernidos.

* *

El eminente patricio don Adelardo López de Ayala ha dirigido una expresiva carta al coronel del regimiento Voluntarios de Artillería de la Habana, acusándole el recibo del despacho de coronel honorario de dicho cuerpo.

Son tan patrióticas y tan sentidas las frases del Sr. Ayala, que el Sr. D. Miguel Suarez Vigil, coronel de dicho regimiento, ha querido hacerlas conocer á todos sus subordinados, y las ha circulado en la orden del cuerpo del día 30 de Enero.

JUAN PALOMO se complace tambien en publicar en sus columnas la carta del inolvidable Ministro de Ultramar.—Héla aquí:

“Ilmo. Sr. D. Miguel Suarez Vigil:—He tenido la satisfacción de recibir el despacho de coronel honorario del regimiento de Artillería de esa capital, tan acertadamente encomendado á su mando.

Muchas distinciones habrán recaído sobre mayores merecimientos, pero ninguna ha sido jamás recibida con más alegría, ni con gratitud más profunda.

Merecer la confianza de tantos millares de valientes como en esas regiones están defendiendo la integridad de la patria comun, es el premio más alto á que puede aspirar un hombre que, en difíciles circunstancias, ha tenido á su cargo los destinos de esas apartadas provincias.—Si hay otro mayor, ni lo admito ni lo deseo.

Quisiera, en cada letra de este oficio, poder mandar un abrazo á cada uno de mis nobles compañeros.—Sírvaselo V. S., señor coronel, ser intérprete de mi agradecimiento.—Asegúreles V. S., que cuando ellos se armaban para salir al encuentro de los rebeldes, yo me armaba tambien de toda la energía necesaria para resistir el torrente de la opinion extraviada, á veces más temible que los enemigos armados; que he participado de todas sus fatigas; que abrigo todas sus esperanzas, y que en mí vive, tan inquebrantable como en cada uno de ellos, la fé de que la isla de Cuba es y ha de ser tan española como la tierra que en este momento me sustenta. Sólo servirá la distancia á que nos encontramos para aumentar el cariño de hermanos ausentes.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Madrid 28 de noviembre de 1871.—El Coronel honorario del Regimiento de Artillería de la Habana, *Adelardo López de Ayala*.”

—¿Qué tiene usted, doña Juana?
—Estoy inconsolable.
—Pero ¿por qué?
—Se me ha perdido el guardapelo.
—¿Era de oro?
—No, señora; era la caja en que guardaba mis pelucas.

Después de entrar en prensa nuestra número anterior, recibimos de Cienfuegos la siguiente solución á aquel *logogrifo* de marras:

“Si á elegir el Juez airado
diera al infeliz Sisifo
la pena ó tu logogrifo,
en pena de su pecado;
yo creo que, bien pensado;
aqueste albur peregrino,
optara cuerdo y con tino
por la piedra con certeza,
que si muele, la cabeza
no rompe como el destino.

JUAN, arrójate á estampar
en tus columnas sabrosas
más dificultosas cosas,
que soy en esto.... la mar!

Un suscriptor de Cienfuegos.

Compadre, es usted muy listo!

El domingo último hemos sido invitados á una animada regata entre los botes de diferentes buques de guerra surtos en bahía.

Un incidente ocurrido impidió poder justificar plenamente quién fué el vencedor.

Bellas y elegantes señoras y señoritas acudieron á la fragata nacional *Gerona* para presenciar la regata marítima.—A su bordo bailaron hasta el ocaso, al compás de los sonos de la música del Apostadero, y entre los obsequios del comandante del barco, señor Mendez Casariego, y de la oficialidad del mismo, se sirvieron con esplendidez á la distinguida concurrencia, dulces y helados.

Me gusta!

Se organiza en Inglaterra una asociación con grande aplauso de muchos maridos y padres de familia. Se trata de una liga del sexo bello para desterrar el lujo, comprometiéndose á vestir modestamente.

Se recomienda á los amantes y maridos que se hagan socios, porque el lujo es la *Internacional* de la familia, el *petróleo* del hogar doméstico, el *Céspedes* del bolsillo.

¿Estamos?

—¿Por quién lleva usted luto, señora?

—Por un pariente lejano.

—¿Primo ó tío?....

—No, señor, mi marido.

—¿Y llama usted pariente lejano á su marido?

—Sí, señor; estaba en Filipinas.

SU RETRATO.

SONETO.

¿Es ella, amor? ¿Qué númen ha podido
dar breves formas al mayor portento?
Que no cabe en mortal atrevimiento
tantas gracias cifrar, firme el sentido.
Los soles que me inflaman; el erguido
talle, que gira en régio movimiento;
la faz angelical, que mi tormento,
con el donaire de su ceño, ha sido:
¡Oh! si yo me atreviera aquí no en vano,
y en estos dulces besos amorosos
un ósculo feliz.... ¡Ah! mente osada:
Tiembra la imagen en mi ardiente mano,
y vibrando los rayos poderosos,
los labios mueve á condenarme airada.

ENRIQUE JOSE DE VARONA.

[Puerto Príncipe.]

Oh! esto es un asombro.... ó dos asombros!

Cuenta con mucha formalidad un periódico honesto, que en California hay un hombre que gradualmente cambia su color blanco en negro.

¿Se figura usted que es carbonero?—No señor, hombre, no señor; atienda usted.

Tuvo una úlcera, y el médico, como único recurso, después de haber agotado todos los del arte, injertó, por decirlo así, en dicha úlcera un pedazo de piel cortada á un individuo africano.

¡Sopla! pobre individuo!

Se cicatrizó la herida; restablecióse el paciente; pero notó con sorpresa que la piel de su brazo iba adquiriendo color negro, hasta el extremo de tener hoy este color una tercera parte de su brazo.

Pues señor, si la piel que le aplicaron en la úlcera llega á ser de un perro, sale laurando el hombre.

¿Qué cosas pasan en California! En vista de tal fenómeno, veré como cosa corriente que á cualquiera individuo que tome leche de burra le crezca el rabo.

Un hulano de guarnicion en Francia fué asesinado no se sabe por quién; su gobierno reclamó al asesino y no fué complacido, por la sencilla razon de que este tomó á tiempo las de Villadiego.

En vista de tamaño desacato, el gobierno alemán ha mandado formar una causa á los rehenes franceses prisioneros en Berlin, pensando con pasmosa exactitud que ellos debían ser los responsables de un hecho aislado cometido á tantas leguas de distancia.

Y habrá fusilamientos, deportaciones y todo lo demás que se estila. ¡Ah! si pareciera el criminal! Entónces los rehenes serían absueltos por la ley de la carambola aplicada á la legislación germánica.

¿Quién habla por ahí de justicia, civilizacion, humanidad? Creí escuchar....

—¡Jesus! qué café tan oscuro! ¡Vaya una economía de gas!

—No es economía, señorito....

—Pues entónces ¿por qué no alumbran?

—Porque está todo muy sucio.

DEFINICION.

Por qué haces tanto la cruz?
¿Has visto, acaso, al demonio?
—Nó, Ginés, á Celedonio,
ese cara de avestruz.
—¿Es del Congo ó es de Ormuz?
—¡Qué ha de ser! es un farsante,
un perdido, un intrigante
que abortó la insurreccion:
un *sinvergüenza*, un bribon:
es.... ¿lo digo?.... un laborante.

JUAN LINTERNA.

—¿En dónde pescan los cangrejos? preguntó una dama á un elegante pollo.

—No lo sé á punto fijo, pero es fácil adivinarlo. ¿No son colorados?

—Sí.

—Pues entónces, de seguro, los pescan en el mar rojo.

¡Jesus! ¡Jesus!

Un periódico inglés dice que ha ocurrido una formidable erupcion en el sol.

¿Serán viruelas ó escarlatina?

Una enorme protuberancia se separó del sol súbitamente. ¡Súbitamente!!! qué horror!

Y fué lanzada á una altura de 15,000 millas.... y creo que dos pulgadas y media. Una hora después, esta inmensa masa estalló por un incomprensible sacudimiento.

¿Qué demonche pasará por aquellas alturas?

Sacudimientos de esta naturaleza no pueden ocurrir más que los sábados, cuando, segun costumbre, se cobran las cuentas atrasadas.

¿Se habrá introducido en el sol ese sistema?—Ni aún allí estaremos seguros?

UNA ESCENA DE UN TEATRO CASERO.

La dama.—Al extremo de esa galería diviso una luz que viene con un hombre en la mano.

El galán.—Muerto: soy mi rival, llega.

La dama.—El es: le reconozco, es el vivo difunto del padre de su retrato.

El barba (entrando).—De rodillas pedid, que sus perdone.

El galán.—Tu perdon ni apetezgo ni merezco: eres, sí, mi rival, bien lo conozco.

Cae el telon.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"
CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.



La Caravana neo-yorkina, llegada por el último vapor, se dirige á las fiestas de Matanzas por tierra, con un sol de mil demonios, pasando por Bolondron para estudiar las costumbres de aquella pistonuda y populosa capital.